

# Comentario Económico del día

Director: Sergio Clavijo

Julio 22 de 2015

Con la colaboración de David Malagón y Andrea Ríos

## Megaeventos deportivos: ¿impulso o “lastre” para la economía?

El pasado 5 de julio se llevó a cabo un referendo en Grecia, organizado por el gobierno, para consultar la opinión de la ciudadanía sobre el programa de ajuste fiscal propuesto por la “troika” (Banco Central Europeo-FMI-Unión Europea). Allí, los griegos votaron “no” bajo la idea de buscar un ablandamiento de la “troika” a la hora de armar el tercer rescate financiero a ese país durante el corto período 2009-2015, ante la imposibilidad de honrar sus deudas (bordeando el 180% del PIB). Ello ha elevado las probabilidades sobre la salida de Grecia del Euro hacia niveles alrededor del 60% (vs. 30%-40% de años anteriores).

Parte de este problema de Grecia viene desde la organización de los Juegos Olímpicos de Atenas de 2004. En efecto, la construcción de la infraestructura que requería ese evento costó el doble de lo proyectado inicialmente (US\$15.000 millones de 2014). Sin embargo, varias de estas instalaciones no se volvieron a utilizar y actualmente están abandonadas.

Lo ocurrido con los Olímpicos de Atenas no es una excepción. De hecho, la mayoría de las sedes de megaeventos usualmente dejan “pocas ganancias económicas” hacia el mediano plazo. En efecto, varios economistas deportivos han encontrado que, por lo general, sus costos superan ampliamente a sus ingresos (ver *The Economist*, febrero 28 de 2015). En este sentido, los gobiernos deberían evitar dichos megaeventos, pues sus compromisos fiscales rara vez logran compensarse con los ingresos de turismo hacia el mediano plazo (ver Zimbalist, A.: “*Circus Maximus...*”, 2015).

Cabe destacar las lecciones que han dejado algunos de estos eventos. En primer lugar, están los elevados costos de la organización de los Olímpicos o del Mundial de Fútbol. En segundo lugar, la evidencia muestra que el turismo no se incrementa durante el período en que se desarrolla el evento. Beijing (2008), Londres (2012) y Brasil (2014) son ejemplos en los cuales el turismo disminuyó frente a años anteriores. En el caso particular del Mundial de Brasil, su turismo interno, medido por la Asociación Brasileña de Empresas Aéreas, reportó caídas del -15% en 2014 (vs. 2013).

Finalmente, en varios casos se ha observado que, luego del evento, su infraestructura es subutilizada o abiertamente abandonada. Por ejemplo, el estadio construido en Manaus (con un costo tipo Fitzcarraldo de unos US\$290 millones) para el mundial de 2014 cuenta con una capacidad de 40.000 espectadores frente a una afición usual de 1.500.

Todo esto permite distinguir entre experiencias ganadoras y perdedoras en la organización de dichos megaeventos. Dentro de las ganadoras, sobresalen los Juegos Olímpicos de 1984 (Los Ángeles) y de 1992 (Barcelona), donde el balance fue positivo, al haberse generado importantes inversiones diferentes a las de las instalaciones deportivas (ver *Comentario Económico del Día* 25 de septiembre de 2014).

En Los Ángeles, el éxito radicó en que ya se contaba con suficiente infraestructura, lo cual redujo significativamente los costos. Allí, las inversiones fueron cercanas a los US\$1.208 millones (de 2014) y solo el 27% fueron para instalaciones deportivas. En Barcelona, las inversiones fueron gigantescas (US\$15.438

Continúa

**Director: Sergio Clavijo**

Con la colaboración de David Malagón y Andrea Ríos

millones de 2014), pero donde solo el 11% comprendía instalaciones deportivas; el resto se fue para desarrollar la infraestructura de la ciudad.

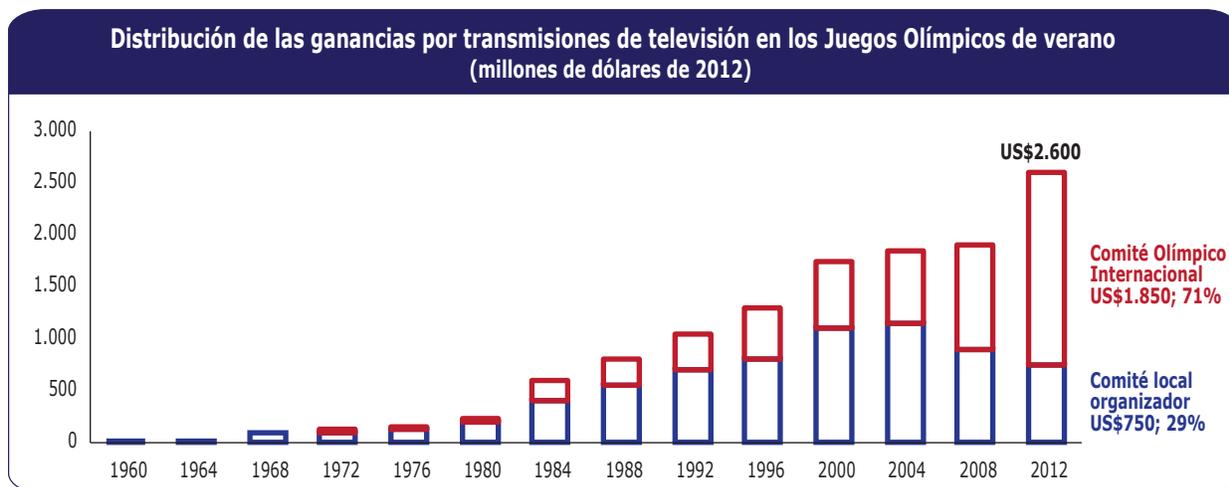
En contraste, se destacan las “experiencias perdedoras” de Atenas (2004), Sudáfrica (2010) y Brasil (2014). En los tres casos, las inversiones en infraestructura fueron excesivas y actualmente gran parte de los escenarios construidos está en mal estado. Por ejemplo, en Sudáfrica (2010), se invirtieron alrededor de US\$1.200 millones (de 2014) en la adecuación de 10 escenarios deportivos, los cuales quedaron con una capacidad promedio de 51.500 sillas frente a una asistencia promedio de alrededor de 7.000 aficionados/partido.

Dichos problemas obedecen a que las elevadas inversiones que requieren estos megaeventos son financiadas, en gran medida, por los gobiernos-sedes, lo cual impone una gran presión fiscal. Peor aún, la FIFA y el Comité Olímpico Internacional se apropian de la mayoría de las ganancias derivadas del evento, como los ingresos generados por las transmisiones de televisión (ver gráfico adjunto).

Lo anterior implica una discriminación contra “el tercer mundo”, pues claramente los países ricos son los que pueden realizar las grandes inversiones que exigen los organizadores. En el caso particular de la FIFA, ello también ha conllevado escándalos de corrupción, como ocurrió con la elección de Qatar como sede del Mundial de 2022.

Esta “olla podrida” de la FIFA recientemente se destapó, pese a que sus sobornos se conocían de tiempo atrás. Allí, autoridades internacionales (como la Interpol y el FBI) tuvieron que intervenir y realizar las acusaciones del caso. Ello se debe a que los gobiernos no tienen cómo regular a esta entidad, dado su carácter privado, su injerencia mundial y su elevada cooptación.

En síntesis, ser sede de un megaevento deportivo, como los Olímpicos o el Mundial no parece ser un “buen negocio”. Las ganancias esperadas pocas veces llegan, pues los costos suelen superarlas ampliamente, dado que los organizadores se apropian de la mayoría de los réditos generados. Así, dichos eventos, en lugar de impulsar la economía, muchas veces terminan ejerciendo importantes presiones fiscales y redundan en considerables deudas para los gobiernos. ¿Será que Brasil, luego de crecer solo el +0.1% en 2014 y donde se pronostica una contracción del -1.2% en 2015, no capitalizó los errores del Mundial y va a seguir despilfarrando recursos para los Olímpicos de Río de Janeiro de 2016? Ojalá la presidente Rousseff esté aprendiendo de la actual crisis griega, pues Brasil podría ser la siguiente “víctima” de estos peligrosos “juegos fiscales” que dejan los megaeventos.



Fuente: *The Economist* (febrero 28 de 2015).